

CONTE/OBJECTE

Relats d'Enrique Carro

ANTECEDENTES PENALES

Bajé en una estación llamada *Colmena*.

Recorrí algunas calles, pensando en ese olor particular que sobrevuela el centro de Lima. Un olor indescifrable, que parece condensar aromas orgánicos con altos porcentajes de dióxido. Contemplé los edificios cenicientos que ensamblan la parte más antigua de la ciudad virreinal, no tardé en llegar a una plaza de jardines muertos, cuyo nombre era el de un gran historiador peruano: Luis Alberto Sánchez. Con sorpresa descubrí que, allí mismo, un grupo de anarquistas cantaba canciones sindicales con algarabía. Puta madre, pensé. Los protestantes se dirigían al mismo edificio al que me dirigía yo: *La Corte Superior de Justicia de Lima*. El edificio estaba cerrado y blindado por los cuatro costados. Me acerqué a un manifestante con barba tupida y cuarenta años mal vividos. ¿Sabe dónde puedo sacar mis antecedentes penales? El tipo echó aire por la nariz y siguió gritando con los demás: ¡Palacios, cobarde, la concha de tu madre!

Patee una coronta de choclo. Bajé la cabeza. Me perdí en oscuros pensamientos un instante. El bullicio de la avenida Abancay me trajo de regreso. En cierta forma parecía la típica avenida que puede llevarte directamente al infierno. Vamos, pensé y caminé con suicida determinación. No escaseaban los monstruos. Uno se me apeó de repente. Desdentado, diez cicatrices de chaveta en la cara contadas con las manos, camiseta de equipo distrital, gorrita girada y caminar de minotauro. Choche, una monedita, pe. Cogí el sol que me bailaba en el bolsillo. ¿Sabes dónde puedo sacar mis antecedentes penales? El pequeño muñeco descosido mostró el único diente negro de su boca y señaló con el puño un edificio muy grande, fantasmal. Nada menos que *La Fiscalía de la Nación*.

Le di el sol y crucé la avenida sin respetar el semáforo, sorteando los carros como un torero. ¿Lo habría logrado?

Ya frente al edificio me encontré con doce puertas. Por primera vez, en aquella tarde en que empezó a llover barro, una kafkiana sensación recorrió mi cuerpo. Me acerqué a la

puerta número uno y una siniestra indicación me llevaba a la puerta once. En la once una disculpa escrita con letra apenas legible me reconducía hacia la puerta seis, que a su vez derivaba a distintas puertas, con una nota más descriptiva, a quienes quisieran el certificado o a quienes quisieran una cita para algún tema específico en su expediente. Quienes queríamos el certificado debíamos dirigirnos, finalmente, y con las disculpas del caso, a la puerta número ocho. En ella, figuraban las indicaciones para llegar a una oficina x, desconocida, a la que se había delegado la emisión de antecedentes tras la dimisión del Juez Palacios y la situación de Paro indefinido. Resurgieron los cantos en mi mente: ¡Palacios, cobarde, la concha de tu madre! La oficina estaba en San Juan de Lurigancho, en una avenida de nombre improbable: Flores de Primavera.

Bajo las indicaciones figuraban los horarios de atención. La jefatura improvisada cerraba en una hora y media.

¿Qué ha pasado, joven? Me dijo una voz femenina, enérgica, ¿Qué necesita? Me volví hacia la voz. Se trataba, efectivamente, de una mujer. Estatura baja, cuerpo compacto, pelo amarrado en una trenza, morena, ojos inquietos, diente de oro. Nada, dije intentando ser cortante. La avenida Abancay rugía por la infeliz maniobra de una combi. Erguí la espalda. La volví a mirar. ¿Sabe qué micro debo tomar para llegar a Flores de Primavera? La mujer me cogió el hombro. Claro que sí, joven. Metí la mano en el bolsillo, sostuve mi celular. Conocía esa dinámica de abrazos y contacto corporal. Miré a los lados. No había nadie amenazante alrededor. Segurito que va a sacar sus antecedentes ¡diga! Sí, le respondí, con audible desconfianza. ¿Tiene su DNI? ¡Diga! Afirmé con la cabeza. ¿Tiene el recibo del Banco de la Nación? ¡Diga! Volví a asentir. ¿Tiene las fotos? ¡Diga! Entonces me extrañé. ¿Qué fotos, señora? La foto con terno y corbata que piden, pe, joven. Suspiré. No tengo las fotos, le dije, y tampoco tengo terno ni camisa ni corbata. Acá se lo arreglamos rapidito, joven, le ponemos terno y todo.

Mi única salida tenía un diente de oro y había venido por mí en la puerta ocho de la *Fiscalía de la Nación*, en una de esas avenidas que llevaba al infierno. Sabía que no tenía buena pinta, pero me dejé llevar.

Caminamos hasta un edificio color mostaza en una calle lúgubre, encharcada, con olor a incendio: Jirón Cuzco. Yo solo quería un certificado. La mujer caminaba rápido frente a mí. Yo seguía su cola trenzada. Entramos en el edificio. Un lugar oscuro, con pequeños departamentos donde parecían impartirse cursos de inglés, de mecanografiado y de motivación personal. Me pregunté ¿quién podía dar fe a los conocimientos impartidos en aquel tugurio? Estaba fascinado por ese mundo paralelo aparecido de golpe. Los olores se humedecieron. Entonces la mujer empezó a hablar rápido, dando órdenes: ¡Ya! Joven, siéntese aquí. Me mostró una silla de escritorio. Me senté. Ahora con el dedo índice, bájese un poco el cuello de la camiseta ¿ya? No podía creerlo. Un mocoso me tomó una foto con una cámara digital casera. ¡Ya! Dijo el jovencito. Ya, dijo ella, ahora péinalo, aféitalo y ponle terno y corbata.

No podía creer lo que estaba pasando.

El pequeño fotógrafo estaba retocando la foto en Photoshop. Cogía un trajecito y lo montaba sobre mi foto. Con el borrador me pulió los pómulos hasta dejarlos de un color blanco, futurista. Y, el pelo, que entonces ya era escaso, quedó como si me lo hubieran pintado con aerosol. Intenté ver esa foto en mis antecedentes penales. En fin, pensé y hasta sonreí con cierto sarcasmo. Sácale una docena de fotos, dijo la mujer, que no dejaba de moverse de un lado a otro.

Un momentito, dije yo, ¿cómo que una docena? Yo quiero como mucho cinco.

La mujer se quedó quieta y puso los puños en la cintura. Era realmente compacta. Aquí, advirtió con sombrío aspecto, solo sacamos por docena. Miré a mi alrededor, podía ver la luz de la calle a unos veinte metros. Corre, pensé. Son solo veinticuatro soles, joven, dijo intentando calmar las aguas.

¡Veinticuatro soles! Dije yo, ¡Ni cagando!

Entonces decidí escapar. Pero era demasiado tarde. Un negro, alto, arete en la oreja, anillos en todos los dedos, dientes con manchas marrones, voz de boxeador, me tenía sujeto de los dos hombros. ¿Qué pasa, hermanito? Encima te vamos a hacer el favor de embarcarte en el micro, ¿qué modales son estos, papá?

Le di los veinticuatro soles sin dejar de mirarlo cariacontecido. El tipo me dio las fotos y me acompañó hasta la avenida Abancay. Entonces me señaló un micro rojo con vetas azules de nombre también alegre: Arco Iris. Ese me llevaba a Flores de Primavera.

Dos horas más tarde, estaba en la misma avenida Abancay, subido en el micro Arco Iris, de regreso. Tenía entre las manos el certificado de Antecedentes Penales. Me distraía imaginando a aquel juez Palacios muerto a manos de ese depresivo anarquista que me respondió tirando aire por la nariz. Mi país siempre te daba algo en que pensar. Antes de que el semáforo se pusiera en verde y me pusiera de pie para bajar en el cruce con Nicolás de Piérola, volví a mirar el edificio de doce puertas de *La Fiscalía de la Nación*. Un enorme letrero que no había visto antes me hizo recordar las fotos intactas en mi bolsillo: Para Antecedentes Penales no se necesitan fotografías.

EL INDICIO

Yen se sentó frente a Pilar. Las sillas chirriaban como grillos. El ambiente estaba cargado de polvo. Éste adquiría una apariencia inquietante por donde pasaba la línea de luz, que venía de entre las dos puertas medio juntas de la ventana y recorría el salón entero, cortando la mesa y una estantería de libros. ¿Está allí todavía? Preguntó la mujer. No, respondió Yen con una voz apagada, ya no está. Pilar cogió los palillos con los que había estado tejiendo una bufanda, y siguió tejiendo el resto de la tarde. Yen la estuvo mirando todo el tiempo sin decir nada. De pronto, cuando se desvaneció la línea de luz y el polvo adquirió la invisibilidad acostumbrada, Pilar dejó los palillos y miró a Yen: ¿En verdad no está allí? El hombre, quizás agotado, negó con la cabeza. No está allí. Pilar se puso de pie y llevó su pesado cuerpo hasta la habitación. La oscuridad aún no era absoluta. Pasó la mano por encima de las sábanas de la cama. Estaban frías. Se acercaba el invierno. Suspiró y volvió a la pequeña sala, y se sentó en su silla, produciendo un chirrido agónico. ¿Y ahora qué hacemos? Le preguntó a Yen, que permaneció callado para siempre.

EL SÍNDROME DE ULISES

Ulises miraba el Egeo por la ventana de su habitación, cuando una serie de conjeturas le llevaron a un estado sombrío. La vida empezaba a caer en una rutina insoportable. Pelear con la administración burocratizada de Ítaca le llevaba todas las mañanas. Espabilar a Telémaco, que había salido un poco tibio de carácter, le generaba ataques de ansiedad. Conseguir que Penélope dejara de tejer y se metiera en la cama era un castigo.

Ulises suspiró y pensó en el tiempo que había pasado perdido, intentando volver a casa. Un montón de imágenes desordenadas le vinieron a la mente: Calipso tirada sobre la cama ofreciéndole la inmortalidad; la cuadrilla de héroes griegos aguantándose la risa dentro del caballo de madera, oyendo a los troyanos debatir sobre el origen del armatoste; los gritos absurdos del cíclope lanzando ovejas por los aires; la charla motivacional con el alma de Aquiles; el día que volvió a ver Ítaca a lo lejos.

Finalmente, fijó el recuerdo en alguna tarde sobre el barco, navegando por el mar plateado, viendo numerosas islas en el horizonte como montañas violetas saliendo del agua. Allí estaba Ulises, en la proa de la nave, imaginando su regreso, intentando dibujar con el recuerdo lo que habría de encontrar mañana. Volvió a mirar el mar por la ventana. El paisaje, a través de sus ojos anegados, parecía una acuarela.

EL TREN DE LA COSTA

Creo que era el tercer día en Buenos Aires cuando mi papá, mi hermano y yo acordamos ir al barrio de San Isidro, en el tren de la Costa. Si no me equivoco, primero tomamos un ferrocarril ruidoso y viejo en el que los tres nos reíamos de las conversaciones de los argentinos, de sus maneras, de su tono de voz, finalmente, de las hipotéticas historias que escondían esos diálogos escuchados a pedazos, yuxtapuestos unos con otros. Creo que era la primera vez que mi hermano y yo íbamos en tren, pero nos comportábamos como viajeros experimentados, viendo los paisajes como quien vuelve a un lugar del pasado, típicamente limeños, aprendiendo a cultivar falsas nostalgias. Lo siguiente fue bajar junto a un puñado de personas que se perdió entre las calles de un silencioso lugar cuyo nombre no recuerdo.

Nosotros entramos en una estación fantasmal, vacía, cuyas máquinas dispensadoras de gaseosas y golosinas parecían restos de alguna guerra. Mi papá, con sus característicos ojos redondos, estaba convencido de que esa era la estación que nos llevaba a San Isidro. Aquí no hay ni dios, dije yo en broma. El último tren que llegó aquí es ese, dijo de pronto mi hermano, apuntando a un viejo vagón descarrilado y patas arriba, lleno de pintas y misivas revolucionarias. El tren pasará, decía mi papá, aunque no sé cuándo.

Y así nos pasamos un rato, que bien pudieron ser días e incluso meses. Primero nos tomamos fotos frente al vagón abandonado y luego en un banquito donde mi hermano y yo imaginamos ver a Borges, a Cortázar y a Maradona. Creo que también nos tomamos fotos mirando los rieles que desaparecían en el horizonte, en homenaje al porvenir, tan disolvente como aquellos años.

Allí estábamos, tres barquitos a la deriva, encallados en las cercanías del río de la Plata, esperando el tren que no llegaba. Mi hermano planteó la idea de ir caminando a San Isidro. Yo la de volver sobre nuestros pasos.

Ya, carajo, dijo mi papá, poniendo orden, dejen de joder que ya está viniendo.

Y ya no he podido quitarme esa imagen de la mente cinco años más tarde. En cierta forma, mi hermano con el pie apoyado al vagón arruinado mirando el cielo azulino; mi

papá sentado en el banquito relejendo el tríptico y los horarios del tren de la Costa; yo tirando piedras a los rieles, intentando que estos se llevaran los pensamientos como lo hacía en Lima el Océano Pacífico; sí, en cierta forma así nos recuerdo, los tres amigos en un lugar en ninguna parte, cada quien a su manera, cada cual en su historia mínima, callada, presos de la insensatez y la aventura, esperando un tren que no llega.

Y recuerdo también el momento en que el tren llegó y mi papá, cual un niño, nos dijo cagándose de risa: se los dije, huevones, se los dije. Efectivamente, ese era el tren de la Costa, el tren de nuestras vidas.

A veces, como hoy, que mi papá está en Buenos Aires, mi hermano en Lima y yo aquí en Barcelona, me despierto practicando esa vieja costumbre que tenemos los limeños de recordar con encono aquello que no ha pasado, como si algunas mentiras más que mentiras fuesen senderos. Entonces recuerdo cosas ficticias, como, por ejemplo, los tres encarrilando aquel vagón perdido y empujándolo hasta San Isidro; o viviendo un tiempo en esa estación fantasmal, alimentándonos con gaseosas y golosinas de principios del siglo XX, esperando y esperando; o caminando durante años hasta San Isidro, conversando de Latinoamérica, de sus problemas sin solución y del folclórico destino de sus habitantes. Y así como recuerdo también sueño con un día o una noche, en que los tres, habiendo llegado a nuestro porvenir, decidamos volver juntos en el tren de la Costa, volver a esa primera vida nuestra, de la que mi papá sabe algo más que nosotros. Y lo imagino contándonos quiénes éramos y cómo hablábamos, para que mi hermano y yo, como buenos limeños fantasiosos, nos inventemos el origen de las cosas.

EL VUELO DE LA PALOMITA GRIS

- ¡Córtala!
- No es tan fácil, se va a manchar todo.
- Eso es evidente. Ahora sólo córtala en trozos – dijo Felipe el Cocinero, mirándome con sus ojos de cegato.

La cocinera, a quien llamábamos palomita gris, se movía histérica e intentaba gritar y romper la mordaza con los dientes. Al observarla y observar también sus ojos fijos en mí, acompañando a los de Felipe el Cocinero, me pregunté cómo habíamos llegado a este punto.

No había vuelta atrás, eso estaba claro.

Pensé que la mujer no era tan mala. Paloma de mierda, sólo tenías que pagarme, te lo dije.

- ¡Córtala, coño!

Conecté la radial. Vi por penúltima vez los ojitos brillosos de la cocinera incrustados en esa cara de ave atemorizada ¿al fin sentiría que era ella la culpable? El ruido de la radial no me dejaba escuchar sus chirridos histéricos.

- ¡Maldito camarero, corta de una vez a ese pájaro sin plumas! – me exigía Felipe el Cocinero.

No podía dejar de tener algo de piedad, después de todo no era un asesino. Lo siento, palomita gris, he soportado demasiado.

Sentí un pitido insoportable y decidí hacerlo, levanté la radial y fui a por ella.

De pronto todo quedó sumido en la oscuridad más profunda. La radial se apagó en mis manos.

- ¡Putra madre, cabrón!
- Saltaron las llaves, Felipe – dije, entre aturdido y aliviado.

- ¡Me cago en la puta madre, tío! - no podía verlo, pero Felipe el Cocinero estaba a punto de explotar, su nerviosismo le había cambiado la voz, parecía que había tragado helio.

A quien sí podía ver era a la cocinera, filtrando espuma a través de la soga, con el cuello, la frente y su inmenso tórax empapados.

- Le pego un tiro ahora mismo y nos vamos cagando leches – anunció Felipe el Cocinero.
- Se lo pegarás cuando encienda las luces – le ordené
- Se lo pegaré cuando me salga de los huevos – sentenció.

El cuadro de luces estaba en el sótano. Casi ruedo por las escaleras en un par de ocasiones, pero logré sostenerme en ambas. Mis piernas temblaban como las astas de las banderas en un día de tormenta. Al fin divisé el cuadro de luces y fui hacia él a tientas.

Las luces no tardaron en encenderse.

El televisor.

La máquina de café.

El motor de las neveras.

Los extractores de la cocina. Todo estaba otra vez en marcha.

Me dirigí a encender las luces del sótano, me quedé unos segundos apoyado en la pared. Me di cuenta de que me estaba tirando para atrás. Lo más triste era que no sabía por dónde huir. Respiré hondamente. Estaba metido en un problema gordo. Acabemos con esto, por la puta madre. Sin embargo, cuando decidí subir, el estruendo de un tiro bajó por las escaleras y me dio en toda la cara. En definitiva, Felipe el Cocinero había perdido la paciencia. Pero al parecer no había sido suficiente. Poco después oí el ruido de la radial y finalmente el ruido de la radial cortando a la cocinera. Podía imaginarlo. Al menos la había cortado en diez pedazos. Vomité un líquido amargo. Maldita sea. Habíamos llegado demasiado lejos.

De pronto, las llaves saltaron otra vez y todo quedó en penumbra. Tiene que haber una salida por alguna parte, hostia puta.

Pero no había otra salida. Entendí que Felipe el Cocinero y yo tendríamos que salir por la puerta principal del bar. Y tendríamos que actuar con suma naturalidad, y tendríamos que caminar con suma naturalidad hasta la estación de Sants y luego a algún lugar del mundo lo bastante lejos.

– ¡Bruto de mierda, vayámonos de aquí! – grité desde el sótano.

No hubo respuesta. Sus pasos rompieron el silencio y oí que bajaba lentamente la escalera.

– Eres un gran hijo de puta impaciente, campeón – dije con algo de sarcasmo.
– Y tú un miserable camarero – dijo la palomita gris, bañada en sangre y con los ojos llenos de avidez, apuntándome con la pistola de Felipe el Cocinero.

ILUSIÓN

Levantó la mirada y vio el cielo amarillo con vetas naranjas a lo lejos, detrás de las grises montañas, lo que le hizo suspirar y sonreír ensimismado. Más tarde supo, al ver el sol salir por el lado opuesto, que el origen de aquella hora ámbar no había sido la seña del crepúsculo sino la chispa de una cerilla, inflamada por una mano siniestra. Y le sorprendió tristemente haber confundido el incendio más terrible de los últimos cien años con el amanecer más hermoso del mundo.

LA BICICLETA ROJA DE MI HERMANO

La tarde era azulina. Había llegado marzo. Estaba con Poroto, habíamos ido a Lince a comprar aerosol para pintar la bicicleta que le quería regalar a mi hermano al día siguiente, por su cumpleaños. Poroto cogía el aerosol como un revólver y jadeaba excitado. Quería pintar un tronco de los cientos que había en el Parque Mariscal Castilla. Solo uno, me decía. No. Ninguno era ninguno. Llegamos a casa sin que Poroto pintara nada. Pero la paz era incómoda. Llegamos al garaje. La plaza de mis padres estaba vacía. Ambos estarían fuera hasta la noche. Al lado estaba aparcado el carro nuevo de los vecinos. Señores un tanto especiales. Gente silenciosa. De su piso solo se podía percibir un murmullo de piano. Él era pianista y ella ajedrecista. Tenían un hijo que no salía de casa, de quien se decía que había tocado el violín a los dos años. Parecían entregados al arte y al espíritu. Iban en un humilde Opel verde petróleo hasta hacía unos días, pero ahora lo habían cambiado por un fulgurante Audi negro del año. Eso hizo sospechar a mis padres. El tema del coche nuevo resultaba contradictorio con la austera vida de intelectuales y artistas desprendidos. Se rumoreaba que ella es también actriz porno, murmuró mi padre con envidia, pero no sin pruebas. Le conté la historia a Poroto, pero pareció no llamar su atención, entonces solo le interesaba hacer fuego y pintar superficies que no se podían pintar. ¿Dónde está la bicicleta? Preguntó cambiando de tema. Allí estaba. Una pequeña Goliat destartada, que íbamos a convertir en la primera bicicleta mediana de mi hermano Pepe, que iba con una pequeña bicicleta de niño a la que le había quitado las rueditas para sentirse grande. Estaba harto de ella. Él mismo me lo había dicho días antes. Es horrible y ridícula. Pepe tenía una gran facilidad para llenar sus ojos de lágrimas y sostenerlas sin que éstas cayeran. Eso lo ennoblecía ante mi mirada de hermano mayor en una noche sin estrellas ni viento. Tenía que pensar en algo. Hacía meses que yo usaba la bicicleta negra con amortiguación delantera que nuestro padre me trajo de California. En la lavandería, recordé, yacía oculta mi vieja bicicleta Goliat mediana, con llantas blancas y, en su día, escarchado azul en todo el

cuadro, con la figura de un águila al que no le quedaba más que un atisbo de pico. Le comenté a Poroto que podíamos pintarla y dejarla como nueva. Como nueva es mucho, me dijo cuando la vio. Parecía un cadáver olvidado en el trastero. No tardamos en sacarla y desempolvarla. Así como quitarle las ruedas y envolver en papel periódico las partes que pintaríamos con un esmalte plateado que encontramos en el depósito del portero. Todo parecía una bella historia de hermandad, una celebración de los sentimientos que llenan de esperanza a los padres, que les hacen sentir que han hecho un buen trabajo con sus muchachos, que ellos se acompañarán y ayudarán durante toda la vida. La bicicleta se iba tiñendo de rojo. Poroto realizaba un trabajo detallado y minucioso. El sol blanco de Lima reposaba en el brillante capó negro del Audi. Yo imaginaba a la ajedrecista sobre el piano, desnuda, violentada por un tipo largo y belicoso, mirando a la cámara metiéndose un alfil blanco en la boca bajo un fondo de violín. Todo iba tan bien que tomé la mala decisión de subir a mi casa y dejar a Poroto solo en el garaje. Me viene a la cabeza la folclórica frase: no confíes en las bondades de tus amigos, desconfía de sus flaquezas. Ya en el baño, mientras me subía la bragueta, un intenso escalofrío me destempló los dientes. Bajé a la cochera con aire melancólico. Sin embargo, lo que encontré fue la vieja Goliat convertida en una brillante bicicleta roja con el manillar y la piñonera plateados. Mi amigo me miró con sus refulgentes ojos negros, pero una aciaga gota de sudor rodó por su rostro y se perdió en la comisura izquierda de sus labios. Aquello agoró el destino. Lo aparté para que me dejara contemplar el Audi del año que los vecinos habían adquirido hacía menos de una semana. A simple vista parecía intacto, hasta que mi mirada se detuvo en el capó que ya no reflejaba el as del sol. Allí Poroto había tatuado con estética caligrafía en letras redondeadas y rojas, como con un lápiz labial ordinario: *Pornstar*.

Lo que ocurrió después fue anecdótico. Nuestros padres corrieron con los gastos y nosotros con los castigos. Estuve encerrado en mi habitación un par de semanas sin poder salir ni ver tele e intensificaron mis clases particulares de matemáticas para menoscabar mi ánimo; Poroto tuvo que rezar con su abuela todas las tardes un rosario entero durante un año. Una tarde de otoño mi padre abrió la puerta de mi cuarto y deshizo el castigo con un sermón agudo y severo, pero condescendiente. Ve a mostrarle la bicicleta a tu hermano, dijo al final mientras limpiaba mis lágrimas. Entonces el

pequeño Pepe y yo bajamos al garaje. Lo llevé a la lavandería y le mostré el regalo que había querido hacerle por su cumpleaños semanas antes. Demos un paseo, le dije mientras él me miraba con sus enormes ojos color castaña. Y fue un largo paseo por todo el malecón de San Isidro, Miraflores y Barranco, entregados al rito de los primeros viajes. De habernos visto, algún curioso viandante, habría imaginado lo que era cierto: ahí van dos hermanos, uno que muestra su pequeño mundo con entusiasmo, el otro que se sirve de éste para descubrir el suyo.

LA BROMA DE LA VACA

- ¿Qué hay en esas bolsas? – Preguntó el joven hostelero de Jaisalmer.

La pareja, cansada por las numerosas preguntas a las que la habían sometido durante dos meses viajando por el norte de la India, abordó aquella con una sonrisa socarrona.

- Es una vaca cortada a pedazos – respondió la mujer, sacudida por una rabia transgresora.

El hostelero, que apenas contaba veintiún años y gustaba del humor de la dama, lejos de enfadarse, miró al marido que llevaba en brazos una bolsa azul aún más grande que la de su ocurrente mujer.

- Te dejaremos unos trozos de recuerdo por ser tan preguntón – agregó el marido abrazando la bolsa.

El hostelero entornó los ojos, mostrando una ligera incomodidad.

- Mira – continuó el viajero –, todavía está caliente.

El dueño del hostel tocó la bolsa, no tanto para verificar si era una vaca, por supuesto, sino porque entre los indios la curiosidad es un rasgo irremediable. “Serán bolsas de piel – se dijo – y éstos que decían que no tenían dinero”.

Unos minutos después, se despidieron. La pareja zarpaba a su país a la mañana siguiente. Efectivamente, al alba, el hostelero despertó con el ruido del taxi marchándose al aeropuerto. Cuando volvió a quedar todo en silencio, pensó en la broma de la noche anterior. “Gente loca”, se dijo y estuvo reflexionando allí hasta que el calor le mojó la cara.

Unas horas más tarde, desde la puerta del hostel vio un avión cruzando el cielo. “¿Serán ellos?” Se preguntó y subió a limpiar la habitación de la jocosa pareja.

Y no sabemos si fue sorpresa o espanto, lo que emanó su rostro aquella mañana soporífera, al ver la cabeza, las patas y el torso de una vaca colocados sobre las sábanas de la cama, que entonces ya eran más rojas que blancas.

TACONES CERCANOS

Llegó la mujer de los tacones. Empieza a caminar por su casa. La recorre toda. Es una vieja costumbre. Lo hace para comprobar que no hay nadie, que su soledad es ininterrumpida. Que es una decisión personal. Que el destino no es más poderoso que ella. Sin embargo, llegada la comprobación de aquella inexorable soledad sostenida en el tiempo, al corroborar el silencio de las habitaciones, de los lavabos, de los cajones de la cocina, de los espacios entre los cojines del sofá; habiendo auscultado bajo el pequeño sillón rosa, ayudándose con uno de los zapatos de tacón 14 a manera de gancho; tristemente, repitiendo la costumbre de coger la pecera del salón, vaciarla en el cuarto de baño, tirando la cadena, y tapándolo con violencia, para asegurarse de que no haya ni siquiera la posibilidad de estar acompañada por un pez; y por último, impulsada por esa furia que deviene del miedo a no estar sola, cerrando las puertas de cuartos, depósitos y ventanas; todo esto caminando con un solo zapato y con el otro en la mano, como si estuviese predispuesta a matar al primero que rompiera su intimidad; así la mujer, ya ratificado su dominio, su paz, se dispone a bailar. A devolverle al arma su papel de zapato. Y baila incansable. Oye la música con unos audífonos inalámbricos. Se ve en el reflejo polvoriento de un espejo. Verse en ese estado extraño la enloquece y excita. Patea sillas. Rompe copas. Se arranca pelo. Se relame los labios mientras descansa mirándose otra vez en ese espejo lleno de polvo. Pero la paz dura unos segundos. Y la mujer contrataca. Intenta agujerear el suelo con sus tacos de catorce centímetros. Esos poderosos tacos que le compró la ausencia. El suyo es un baile alegre y cruel. Consigue pequeñas hendiduras en el parqué. Y también consigue despertarme. Luego va a coger la pecera llorando.

Aunque estoy echado en mi cama, un piso debajo del suyo, viendo cómo tiemblan nuestras lámparas por sus violentos bailes SOS, puedo oír sus sollozos. Aguzo el oído. Me gusta la vida humana y por eso la husmeo desde mi pasiva fascinación. La mujer de los tacones lleva la pecera al baño. La llena de agua. La devuelve al salón. Toma asiento en el sofá. Se distrae mirando la pecera. Allí parecen sumergidos sueños de una vida

diferente. Por fin caen los tacones uno después de otro. Caen en el suelo dando golpes secos que anuncian que ha capitulado. Sus ronquidos, que aun se oyen tibiamente, suenan mejor que sus pasos.